

BLANCA DE CASTILLA

ALGUIEN decía que en la Historia de España no existían las mujeres, salvo Santa Teresa e Isabel la Católica, y, sin embargo, las mujeres existen, aunque, ciertamente, apenas las conocemos. Y, además, no sólo hay españolas insignes en la Historia de España, sino también en la historia de diversos países.

Podríamos ahora recordar una insigne mujer castellana, que es figura eminente de la historia francesa medieval: Blanca de Castilla. Merece que la rememoremos, aunque para ello tengamos que remontarnos a la época de las Cruzadas. Siempre es interesante la enseñanza que da el ejemplo de los grandes valores humanos, inmutables y eternos, que ni virtudes, ni vicios, ni pasiones se mudan con el paso del tiempo, y aunque retrocedamos varios siglos, nos encontraremos con seres agitados por idénticas inquietudes.

Evoquemos los comienzos del siglo XIII, edad ruda, de guerras y, también, de clara y alta espiritualidad católica.

En el año 1200 llegaba al reino castellano la Reina inglesa Leonor de Aquitania, madre de la esposa de Alfonso VIII de Castilla, del valeroso Ricardo Corazón de León y del malvado Juan sin Tierra. Venía para llevar al reino franco una Princesa castellana, nieta suya, como prenda de paz en la honda contienda entre Inglaterra y Francia. Así lo habían estipulado, en recientes negociaciones, Felipe Augusto y Juan sin Tierra.

La elegida fué la Infanta Doña Blanca, que partía para siempre de España, señalada por la Providencia para reinar en una Patria extraña. Su alma fuerte iba destinada a cumplir una gran misión, y demostraría cómo una mujer de su raza y de su estirpe, sabría cumplir todos sus deberes, donde quiera la condujese la voluntad de Dios.

Meses después, se efectuaban las bodas de Blanca con el Príncipe Luis, hijo segundo de Felipe Augusto, y el nombre y el candor de la Princesa se prestaron a mil juegos de palabras para cantar sus

alabanzas. Todos la rodearon de afecto; pero un día, la niña española fué sorprendida llorando en el palacio de París, quizás porque añorase su Patria lejana.

A los tres meses de casados, Luis y Blanca ocupaban, por muerte del primogénito, el puesto de Príncipes herederos, y en 1214 nació su hijo Luis, que sería glorioso y santo Rey.

La castellana había tomado arraigo en su nueva Patria, penetrada con su marido y con sus intereses. Mal había calculado Juan sin Tierra, al suponer que su sobrina Blanca sería para él un apoyo en la Corte de Francia.

En 1223, muerto Felipe Augusto, eran coronados, en Reims, Luis VIII y Blanca de Castilla. Mas a los tres años moría Luis, nombrando a su esposa tutora del Rey niño.

Blanca sola debía afrontar la responsabilidad histórica de la Monarquía engrandecida por Felipe Augusto. Al ser confiados a ella, por la palabra solemne del Rey moribundo, el reino, el heredero y sus otros hijos, Blanca quedó identificada con la vida de Francia.

¿En quién se apoyaría la Reina viuda? ¿En el Duque de Borgoña, Felipe Hurepel, primer Príncipe de la sangre, hijo legítimo de Felipe Augusto, que su ambición personal no le permitiría ser sincero con Blanca? ¿En el poderoso Teobaldo de Champaña, el trovador, poco antes desleal a Luis VIII? ¿En el malévolo Conde de Bretaña, Pedro de Mauclerc, de la turbulenta casa de Dreux, fraguador de todas las conjuras, y cuya persecución al Clero parece le valió su significativo sobrenombre? En fin, ¿cuál podría ser su auxiliar entre tantos otros grandes señores que se mostraban reacios a reconocer la autoridad de la extranjera? Blanca vió frente a ella un partido fuerte, integrado por barones poderosos; mas no le faltó el apoyo de la Iglesia y el de algunos nobles como el Condestable Mateo de Montmorency, el Mariscal Roberto de Coucy y algunos leales más.

Sin pérdida de tiempo, Blanca convoca a los grandes del reino para la coronación de su hijo de doce años en la Catedral de Reims. Pero en aquel día memorable, Blanca vió definirse la actitud de sus enemigos, pues, altaneros, no quisieron concurrir al acto.

Pedro Mauclerc se había aliado con Enrique III de Inglaterra y hacía causa común con el Conde de Tolosa, enemigo del Rey de Francia. Y el Conde de la Marca, con numerosos caballeros pon-tevinos, contestaron con insolencias a la regia convocatoria. Pero la castellana no se arredra, resuelta a ejercer el poder hasta la mayor edad del Rey.

Blanca no muestra debilidad ni transigencia. Así, a pesar de hallarse amenazada por los más poderosos, no acepta la valiosa adhesión del Conde de Champaña, el que había sido desleal a su esposo. Teobaldo, que acudía a la coronación, hubo de retornar airado y dolorido. Acaso sentía más la herida en su alma de poeta que en su arrogancia de altivo gran señor. El Conde estaba enamorado.

La tradición cuenta que el Conde de Champaña fué rendido amorador de Blanca de Castilla, quien pagó con desdén su noble amor, constante y respetuoso. Al quedar viuda de treinta y ocho años, la bella castellana parece fué requerida como esposa por el Conde Teobaldo, mas la Reina, consciente de su deberes de madre y de Regente, rechaza la propuesta sin altiveces ni orgullo. Entonces, el vate, desdeñado, busca consuelo en la poesía y la música, llorando su amor sin esperanza en versos de gran melancolía:

«He Blanche, clere e vermeille
por vos tout mi grief souspir...»

y lamenta también haber osado poner su pensamiento a demasiada altura. Un Príncipe de su rango sólo a una Reina pudo dedicar estos versos:

«Céle que j'aime est de tel seignorie,
que sa biautez me fait outre euidier
.....
Dame en qui est tute honors assegie,
en moi grevers poez griement pechier.
Si fins amors vos a moi saisie,
ne me mettez por ser de vos arrier...»

Sin embargo, a pesar de sus poéticas delicadezas, el Conde trovador, tal vez despechado por reiterados desaires de su augusta amada,

llega a tomar parte en una coalición de Barones contra ella. Pero Blanca, con su firmeza, logra vencerlos mediante el Tratado de Vendôme. En esta ocasión debió de ser cuando, al someterse Teobaldo y escuchar de la soberana algún reproche, exclamó: «Por mi fe, Señora, mi corazón, mi cuerpo y toda mi tierra están sometidos a vuestro mandato; no hay nada que podáis desear que yo no haga de buena voluntad; jamás, si Dios quiere, iré contra vos ni contra los vuestros».

Blanca de Castilla, austera, pero bondadosa y agradecida, correspondió a la lealtad de Teobaldo auxiliándole luego cuando fué atacado por sus enemigos.

La Reina Blanca consiguió mantener íntegro el prestigio de la Francia de Felipe Augusto a través de la minoría de Luis IX, triunfando de un ambiente hostil, de los Barones ambiciosos, de los Estados sublevados, de invasiones inglesas, de luchas importantes en la Universidad de París, de cuantos obstáculos se interpusieron en la senda de su deber.

Pero donde Blanca demuestra su mayor fortaleza de alma es ante la calumnia. Su nacionalidad extranjera es explotada para imputarle que enviaba caudales a España; sus desvelos y cuidados con Luis IX, interpretados como afán de dominio sobre el Rey para conservar el Poder en sus manos; los amores de Teobaldo de Champaña, son veneno inagotable para la más odiosa maledicencia, fomentada por Inglaterra con el fin de debilitar la autoridad de aquella férrea mujer, que se oponía con todas sus energías a la ruina de Francia. Hasta los poetas satíricos como el mordaz Sordel, hundieron sus dardos ponzoñosos en la reputación inmaculada de Blanca de Castilla, llegando a ser popular entre la gente ruin el remoquete de la «*dame Hersent*» (*hersent*, nombre tradicional de la loba) como denominativo de la abnegada Reina, defensora, como una loba, de sus hijos.

A pesar de todo esto, la Reina no flaquea en su amante devoción a Francia, despreciando aquellas infamias desde la altura de su moralidad sin tacha.

Blanca de Castilla impuso en su familia y en la corte un tono

de vida decoroso y cristiano. Y mereció el amor de los humildes por sus diarias limosnas.

La nuera de Felipe Augusto conservaba sus gustos españoles; pero a los hijos los educaba en los usos de Francia. De la relación de Blanca con su familia nos hablan las cuentas de su casa. Con su hermana Berenguela, también grande Reina, madre de San Fernando, se cambiaban frecuentes regalos como varios caballos —los preciados caballos españoles— y un cargamento de granadas enviadas por doña Berenguela, a los que corresponde Blanca con el obsequio de imágenes y telas.

Al cumplir el Rey diecinueve años, se casa con Margarita de Provenza, por consejo de Blanca, atrayéndose, de este modo, a los provenzales. Dos años después llegaba el Rey a la mayor edad, y Blanca entregaba a su hijo la autoridad real más pujante que nunca.

Cuando en 1248, Luis IX de Francia, vestido de peregrino, partía para la Cruzada emprendida por él, dejaba encomendada la regeñcia del reino a la experiencia probada de su madre.

En Corbeil se despiden la madre y el hijo. Aquel fué su último adiós, pues ya no habrían de verse más.

Cuando la carga del Gobierno vuelve sobre Blanca, tiene ya sesenta años. Y dos después de la despedida de Corbeil, recibe la Reina tristísimas noticias de los Cruzados: la muerte de su hijo Roberto de Artois y la prisión del Rey San Luis. Ante tal desventura, la valerosa castellana no se acobarda y hace frente a la adversidad trabajando sin reposo para mandar socorros a San Luis, que, a pesar de haberse rescatado del cautiverio, decide permanecer en Oriente hasta que todos los suyos recobren la libertad.

Duras han sido las pruebas recibidas por Blanca. Y todas sobrellevadas con ejemplar entereza; pero la resistencia humana tiene un límite, y su salud empieza a resentirse. Cuando está un poco mejor quiere ir a Lyón para visitar al Pontífice; pero Inocencio IV rehúsa la atención escribiendo a la Reina: «Vuestra vida es la salvaguarda de tantas gentes, que debéis guardar y conservar vuestra salud, pues será el bien de todos».

Aunque Blanca cuidase de su salud, no dependía ya de ella sobreponerse al quebranto físico producido en su fuerte naturaleza por tantos años de continuada lucha.

En noviembre de 1252, la Reina cae enferma en Melun y se hace llevar a París, donde da sus últimas disposiciones. Y allí, tendida sobre rústico lecho de paja, con el hábito cisterciense, la nobilísima castellana muere rezando, en voz muy tenue, las plegarias de los agonizantes.

Meses después, San Luis recibía en Jaffa la dolorosa noticia.

Blanca de Castilla dejaba a su hijo una gran Monarquía y a Francia le dejaba un gran Rey. No imaginaría Felipe Augusto que aquella sensible niña extranjera, que un día encontraron llorando en su palacio de París, sería la recia guardadora de su herencia política.

Esta es la ejemplar española que vivió en la época de las Cruzadas y que contribuyó a la formación del Estado francés. Su mayor timbre de gloria fué hacer suya y amarla como propia, la patria de su marido y de sus hijos, con tal altura de miras y tal lealtad, que le ganaron el respeto y el amor de esa Francia que ella defendió con todas las fuerzas de su espíritu.

Es muy interesante observar en las biografías de insignes españolas cómo el destino las ha llevado repetidas veces a actuar en situaciones muy análogas, y, como siempre, ante las mismas circunstancias, han reaccionado de idéntica manera, señalándose por sus singulares dotes de mando y discreción, su riguroso concepto del deber, su fe religiosa y su amor maternal y conyugal. Que estas son virtudes de la mujer hispana.

Como en reducida viñeta, hemos evocado el recuerdo de Blanca de Castilla, trasladándonos a las remotas epopeyas medievales. Ella es una de esas grandes mujeres que ha dado España a la Historia del Mundo.

Esas mujeres que existen y que es preciso no dejarlas perdidas en la borrosa penumbra del olvido.